

verse lanzado por el gobierno al espantoso abismo de la miseria, lo cual facilmente se comprenderá al saber que el capitán Castillo, este es el nombre del anciano, en cuarenta años que habia permanecido en el servicio, jamas se habia *pronunciado*.

De una pobre mujer, su esposa, una de esas mujeres, ejemplo de fidelidad, de resignacion y de todas las virtudes domésticas.

De dos niños, sus hijos, el mayor de los cuales contaria diez años solamente.

De una hermosa niña de diez y ocho años que se llamaba Elena.

Y de un jóven de veinticinco años, el hijo mayor, que trabajando doce horas diarias, apenas podia ganar lo suficiente para atender á las necesidades primeras de su familia.

Víctor, este era su nombre, no habia podido seguir una carrera literaria, puesto que su infancia y su primera juventud se habian pasado en las aldeas miserables de la frontera, donde su padre que formaba parte de las compañías presidiales, habia sido destinado; pero habia recibido del cielo un don, que se parece sin embargo mucho á un castigo del infierno, el don de la poesia.

Era ademas artista, artista distinguido.

De manera que el pobre jóven, habiendo nacido poeta, y habiéndose formado artista casi por sí solo, vendia su talento como una prenda inútil, ya arreglando dramas y comedias al teatro mexicano, ya traduciendo novelas para los folletines de los periódicos, ya dando lecciones de piano; comedias, traducciones y lecciones que se le pagaban demasiado mal.

Ultimamente, á los pesares de la miseria habia venido á unirse un nuevo dolor intenso, profundo.

Víctor habia concebido una pasión ardiente, fija, sin límites, por una jóven de la alta aristocracia, Eulalia de Guzman, á quien en un tiempo habia dado lecciones de piano.

Pero segun hemos oído de los labios de Carlos, el desdichado Víctor habia sido arrojado de su casa.

¡Cuánta humillacion! ¡qué pesar tan hondo, tan espantoso!

¡Ser arrojado como un lacayo de la casa de la mujer que se ama!

III.

LA MUSICA Y EL ALMA.

Una noche, oyó Roman, el jóven médico, gemidos de dolor en el contiguo aposento de Amparo.

Inmediatamente corrió á prestarle algun auxilio.

Pero en la puerta se detuvo, pensando si debia penetrar en la habitacion de la jóven.

Sin embargo, los gemidos se hacian cada vez mas dulcrosos y Roman Penetró en el cuarto.

En un rincon de la estancia, estaba Amparo tendida sobre su lecho, con el rostro descompuesto por el dolor, con la mirada apagada por el sufrimiento.

Una lámpara alumbraba débilmente esta escena.

—¿Está vd. enferma, señorita? dijo Roman con emocion acercándose respetuosamente al lecho.

La jóven no respondió, porque la contraccion de sus mandíbulas la impedia hablar.

Roman acercó la lámpara, tomó entre sus manos la mano helada de la jóven, levantó con su dedo el párpado para contemplar la dilatacion de la pupila y la llamó por su nombre.

Pero Amparo no daba otras muestras de vida, que el sufrimiento impreso en su fisonomía, y un ligero estremecimiento nervioso, que agitaba su cuerpo por intermitencias.

De vez en cuando se escapaba tambien de su oprimido pecho un gemido de dolor.

Roman levantó uno de sus pálidos brazos; pero éste volvió á caer pesadamente sobre el lecho sin dar muestras de contraccion.

Los músculos del otro brazo estaban rígidamente tendidos como en un acceso tetánico.

El jóven aplicó el oído sobre el casto seno de Amparo para escuchar las palpitations del corazon, éste, lo mismo que el pulso, latia muy débilmente.

A pesar de que era muy cerca de media noche, Roman corrió á llamar al cuarto de la señora Paula para informarla de lo que pasaba y suplicarle le ayudase á atender á la jóven.

La señora Paula y Guadalupe se levantaron inmediatamente.

Roman entretanto, tomó en su aposento algunos frascos que contenian líquidos de diverso color y se dirigió precipitamente al de Amparo.

La jóven continuaba inmovil sobre su lecho.

La señora Paula y Guadalupe la contemplaban con triste admiracion.

Roman destapó cuidadosamente un frasquillo, empapó con el líquido que contenia un pañuelo de seda y lo acercó al rostro de Amparo.

Esta no dió mas señales de vida, que un ligero estremecimiento y un débil quejido.

Frotó Roman varias veces con otro líquido las sienes, el nevado cuello y los pálidos brazos de la jóven; la piel se enrojeció en los puntos que habian estado en contacto con el licor estimulante; pero la jóven no hizo ninguna señal de dolor.

Hizo Roman que la señora Paula y Guadalupe frotasen todo el cuerpo helado de Amparo con el mismo líquido, mientras que él entreabria sus pálidos lábios para hacerle tragar algunas gotas de un licor rojizo que en otro frasco se contenia.

Pero pasó media hora sin que Amparo diese otras señales de

vida que un sollozo que levantó trabajosamente la tabla anterior de su pecho y algunos movimientos convulsivos que de vez en cuando hacian agitar sus miembros.

Guadalupe, siguiendo ese impulso natural de la juventud que inmediatamente simpatiza con la juventud, se habia arrodillado al borde de el lecho y calentaba entre sus manos cubriéndolas de besos, las heladas de Amparo.

La señora Paula seguia frotando con el líquido su cuerpo.

Roman, de pié cerca del lecho, con los brazos cruzados, con el rostro mas pálido que de costumbre, con la mirada fija, observaba y meditaba.

Pasó otra media hora sin que Amparo volviese á la vida.

—Mire vd., señora, dijo Roman á la señora Paula al cabo de un rato; he hecho ya lo que cualquier otro médico hubiera hecho en este caso; pero puesto que esa jóven no vuelve en sí y continúa en ese estado funesto, voy á probar un último medio, para el cual pido su ayuda de vd.

—Ordene vd., señor, que estoy dispuesta á obedecerle con mucho gusto.

—He oído algunas veces sonar un piano en su aposento de vd., y creo que ésta jóven lo toca, dijo Roman señalando á Guadalupe.

—Sí señor, es un piano pequeño en que toca mi hija Guadalupe.

—¿Querria vd. que le trasportásemos á este aposento?

—¿Traerle aquí? sí señor.... pero no comprendo....

—Mire vd., señora, dijo Roman con grave acento; si uno de esos médicos, que acostumbrados á luchar constantemente con el cuerpo, niegan á el alma toda influencia en las enfermedades, supiese lo que voy á hacer, seguramente que se burlaria de mí, ó me tomaria por un charlatan; pero vd. que es buena, vd. que por lo mismo que ignora la ciencia, no se deja arrastrar por teorías que solo prueban erudicion, pero no práctica; vd., en fin, que acaso es desgraciada, me comprenderá lo que voy á decirle.

Está vd. mirando que esa jóven padece un ataque nervioso y no debe ignorar que ninguna causa es mas directa y mas activa

para producir las afecciones nerviosas, que las impresiones morales fuertes, los pesares, las amarguras del corazón.

—Solo desde que soy desgraciada en el mundo, he padecido esa clase de enfermedades, dijo con tristeza la señora Paula.

—Pues bien, habrá vd. visto así misma, que los médicos, encaprichados en negar la influencia del alma, curan solamente el cuerpo, con medicinas que acaban por destruirlo.

—¡Es una triste verdad!

—¿Por qué no curar el alma, cuando se está mirando claramente su influencia sobre el cuerpo?.....

En una ciencia en que se camina á tientas, ningun medio que se emplee es malo; en la naturaleza nada hay de mentiroso.

¿Quién puede negar la influencia sobre las organizaciones nerviosas de cierta clase de medios estraños morales y físicos, como los consuelos, el amor, la música.

¡Pues bien! despues de haber empleado los medios físicos, voy á emplear los morales, despues de obrar sobre el cuerpo con medicinas, voy á obrar sobre el alma con la música.

¿Me comprende vd?

—Perfectamente, señor, y si vd. faltase de aquí en este momento, yo misma haria segun acaba de decir, respondió la señora Paula.

—Gracias, señora, creo que nos hemos comprendido.

Como vd. está mirando, soy un médico oscuro, á quien nadie conoce aún; pero á pesar de que soy tan jóven, he estudiado mucho y he visto en Alemania emplear por sábios médicos de la escuela de Hufeland, contra las afecciones nerviosas, el agente que ahora voy á usar; he visto la música del órgano de la capilla contigua á una sala de un hospital de Paris, hacer cesar instantáneamente por una casualidad, una afeccion nerviosa terrible que se llama *eclampsia* y que atacaba á una infeliz mujer: he visto en un hospital de mujeres dementes en la Suiza, hacer volver la razon á una desdichada tocándole en el clavicordio los aires de su país natal.

Un dia, pasando por una posada en la frontera de Saboya, ví á un infeliz hombre que se retorcia con las convulsiones de la epilepsia; pregunté cuanto le duraban los ataques, y me respon-

dieron que media hora. Volvia á la sazón de Chambéry de una fiesta religiosa la música de Ancessy, y los músicos entraron á la posada para tomar descanso; híceles tocar una pieza, y no habian pasado tres minutos, cuando el hombre se levantó bueno á pesar de que acababa de comenzarle el ataque.

¿Quién podria negar la influencia de este agente en una enfermedad que resiste á cuantos medios se han empleado para combatirla?

Habia tal acento de sencilla verdad en las palabras del jóven médico, su rostro pálido, triste y meditativo respiraba tal aire de profunda ciencia de la vida, que la señora Paula le escuchaba con respetuosa admiracion y la misma Guadalupe habia apartado sus ojos del rostro dormido de Amparo para fijarlos con silenciosa mirada en el de Roman.

La lámpara iluminaba débilmente esta escena.

Fuera de la habitacion el viento se estrellaba contra las vidrieras y la atmósfera cargada de electricidad, era iluminada siniestramente de vez en cuando por un fugitivo relámpago como si estuviese próxima á estallar una tempestad.

—Vamos á trasportar aquí el piano, dijo al cabo de un rato la señora Paula; tú, hija mia, permanece al lado de la enferma mientras que el señor, Gabriel, á quien voy á despertar, y yo, le traemos muy fácilmente, porque es demasiado pequeño.

Guadalupe permaneció al lado de Amparo.

La señora Paula y Roman salieron fuera de la habitacion.

El viento seguia sollozando y las nubes cargadas y negras se entreabrian para dar paso á los relámpagos, la tempestad rugia sorlamente en lontananza.

No fué necesario llamar á Gabriel, porque éste habia despertado al ruido y se hallaba á la puerta de su aposento.

En un instante fué informado de lo que pasaba.

El piano fué trasportado á la habitacion de Amparo.

Esta seguia tendida sin dar muestras de sentimiento.

—¿Qué toca vd., señorita? preguntó Roman á Guadalupe.

—Muy poco, señor, casi nada, respondió ésta ruborizándose.

—¿Podria vd. repetir esta noche un trozo de esas melodías

alemanas que ayer en la tarde tocaba; melodías de Beethoven ó Thalberg, según creo.

La música italiana es el idioma del amor y la poesía, la música francesa el del entusiasmo; pero la música alemana es la música del alma, la que hace vibrar las cuerdas del corazón, el idioma del sentimiento.

Una, debe escucharse en los jardines ó en el hogar, la otra en los campos de batalla ó los salones; pero la última en todas partes, porque en todas partes hay sufrimiento y donde quiera que resuene encontrará eco en los corazones.

Guadalupe se acercó al piano.

La tempestad se había desatado; gruesos goterones azotaban la única vidriera del pobre aposento, el cielo había abierto sus cataratas para lanzarlas á la tierra, y el trueno rugía sordamente, produciendo este triple ruido un eco triste y lúgubre en el interior de la estancia.

Guadalupe, con su mirada dulce, con su aire hermoso de modesta tristeza, comenzó á hacer gemir el teclado con esas fantásticas y sentimentales melodías alemanas impregnadas de mística poesía y contagioso dolor, por decirlo así.

Era una de esas melodías que sus autores han compuesto en una noche de fiebre, con la imaginación llena de luz y que parecen formadas de los sollozos de un corazón que desgarró el pesar del primer suspiro del primer amor, del acento de una mujer querida, de la última despedida de un moribundo, según resuenan en nuestro corazón, sin pasar por los oídos.

¿Qué será la música que al escucharla se nos llenan los ojos de lágrimas, se nos escapan los suspiros del pecho, y una corriente que produce una sensación estraña circula por nuestro cuerpo?

Hay músicas que despiertan recuerdos, sea porque las háyamos escuchado en otro tiempo, sea porque al escucharlas, miremos hácia nuestro pasado y contemplemos nuestra infancia, nuestro país natal, nuestra madre, nuestra juventud corriendo en común con la de una mujer que arrebató la tumba ó que nos engañó, y que de ambas maneras ha muerto, sea para el mundo, sea para nuestro corazón.

Músicas hay que hacen renacer en nuestra alma las muertas ilusiones, el entusiasmo, los nobles sentimientos, la alegría.

Era un espectáculo interesante el que presentaban los personajes que ocupaban la estancia.

Una joven apenas en la flor de la juventud y ya desgraciada, víctima ahora de una estraña enfermedad.

Una joven, apenas entrado también en la juventud y ya iniciado en todos los secretos de la ciencia, en todos los dolores ocultos de la vida, de pie cerca del lecho, teniendo entre sus manos las de la enferma, para observar en el pulso el estado del corazón.

Una niña casi, huérfana, hermosa y resignada, haciendo resonar tristemente el teclado bajo sus manos, iluminada con su inspiración de artista,

Un joven, ejemplo de la honradez, del trabajo, de la constancia, de pie cerca del piano, contemplando con aire de pasión el rostro de la niña y suspirando en silencio al verla.

Una mujer ya entrada en la edad de la reflexión, modelo de la virtud y la resignación.

Cinco criaturas humanas, perteneciendo en el rango social á la clase media, ejemplo de todas las virtudes y nobles instintos.

La música seguía sonando, medio apagada por el ruido de la tempestad.

Amparo continuó inmóvil primero.

Al cabo de diez minutos, la convulsión que la agitaba por intermitencias se hizo continua.

Después cesó.

Sus labios se entreabrieron por una triste sonrisa, á su rostro pálido afluyó coloreándole la sangre y su pecho oprimido exhaló un débil suspiro.

Luego abrió lentamente los ojos y los paseó asorada por la estancia.

—Se ha salvado, murmuró Roman, que seguía con ansiedad sus movimientos.

Al acento de esta voz, Amparo pareció despertar completamente de su peligroso letargo, porque se volvió hácia el lugar

de donde habia venido y se incorporó trabajosamente sobre el lecho, preguntando con débil acento:

—¿Dónde estoy?

—Con nosotros, señorita, respondió Roman.

—¿Qué ha pasado?..... mas, ¡ah! ya recuerdo, continuó Amparo recorriendo con miradas de asombro á las personas que las rodeaban.

—Ha estado vd. mala y hemos acudido á socorrerla, dijo la señora Paula.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! exclamó con acento de tierna gratitud Amparo.

Guadalupe habia cesado de tocar y se habia acercado al lecho.

—¿Y hace mucho tiempo que padece vd. esta clase de ataques? preguntó al cabo de un rato Roman.

—Hace tres años solamente; pero los dos últimos que he tenido me han durado mas de cuatro horas.

Y al decir estas palabras, Amparo, como herida por un recuerdo, se echó sollozando en los brazos de Guadalupe.

¡Bueno! murmuró Roman; este llanto la ha aliviado completamente.

IV.

AMOR SILENCIOSO.

Desde esta vez, una dulce intimidad comenzó á reinare ntre los vecinos.

Amparo al ver las atenciones de que era objeto y la franca benevolencia de las buenas gentes que la rodeaban, parecia haber perdido algo de su timidez y su vergüenza.

Roman asimismo solia visitar algunas veces á la señora Paula, y á pesar del velo de profunda melancolía que parecia envolver su existencia como con un paño mortuorio, se entretenia con la inocencia de Guadalupe y las esperanzas de Gabriel.

Con respecto á Amparo, no es muy fácil decir la especie de sentimiento que el jóven experimentaba.

Pero aquella semejanza de carácter, aquel aislamiento comun, aquella triste hermosura de Amparo, su aire de melancolía, su vida de misterio, debian hacer despertar en el corazon de Roman un sentimiento nuevo, un deseo vago de comunion de almas, una especie de simpatía tierna hácia aquella jóven que vivia casi á su lado.